



JOHN
KATZENBACH

EL
CLUB
DE LOS
PSICÓPATAS

Alpha, Bravo, Charlie, Delta y Easy se hacen llamar los *Muchachos de Jack*, en honor a Jack el Destripador. Entre ellos no se conocen más que por un chat en la Dark Web donde comparten su verdadera pasión: ser artistas del asesinato.

Cuando Connor y Nikki violan la intimidad de su chat, la furia de estos psicópatas no hace más que comenzar y no se detendrán ante nada.

Con una inteligencia feroz, los *Muchachos de Jack* planean como venganza la muerte de los dos adolescentes junto con sus familias. Sin embargo, Connor y Niki no son como el resto de las víctimas de estos asesinos seriales. La pesadilla comienza y solo hay dos opciones: dejarse cazar o sobrevivir.

Índice

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Segunda parte

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Tercera parte

Primer prólogo

Segundo prólogo

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Notas

MARY:

*El pasado es el presente, ¿no?
Es el futuro también.
Nos engañamos para escapar de él,
pero la vida no nos lo permite...*

Segundo acto, escena dos. *Largo viaje hacia la noche,*
de Eugene O'Neill^[1]

PRIMERA PARTE

Un lunes, 12:47 p. m., hora central europea...

El joven oficial a cargo de reconstruir los accidentes de tránsito en la pequeña ciudad francesa de Cressy-sur-Marne sentía un intenso odio hacia su trabajo, pero lo disimulaba con su acostumbrado comportamiento apacible. Era la primera misión que le asignaban desde que se unió a la fuerza, diecisiete meses atrás, y pensó que sería una manera rápida de impulsarse y dar el salto a otra división más interesante y agitada. Armas. Persecuciones automovilísticas. Esposas y enérgicos interrogatorios a criminales. Pero no. Ese era un empleo sin futuro, carente de todo, excepto: «Este vehículo viajaba en los carriles que van hacia el norte e ignoró un letrero de alto total. Chocó con el camión que pasaba hacia el este en la carretera 9. La medición de las marcas de derrape y la evaluación de las declaraciones de los testigos indican que el vehículo culpable se desplazaba a una velocidad mayor que la marcada en los postes...», etcétera, etcétera, etcétera *ad nauseam*.

Un accidente igual al siguiente.

Y cuando una colisión tenía como consecuencia heridas serias o fatalidades, lo cual habría sido más interesante, la investigación de seguimiento siempre se la asignaban a un oficial veterano.

Esta práctica lo frustraba en extremo.

Había pasado toda la mañana en el sitio de la colisión más reciente, equipado con una cinta métrica, tomando fotografías y tratando de no oír la indignación y las acusaciones que acompañaban a casi todos los siniestros viales: «¡Fue tu culpa!», «¡No, no lo fue! Si hubieras prestado atención...». Se preguntaba todo el tiempo cuándo podría

hacer su transferencia de la división de tránsito a algo más emocionante, como narcóticos u homicidio, incluso robo u ofensas sexuales: *cualquier* sitio donde ya no tuviera que escuchar a gente mentir sobre luces rojas, luces verdes, señales de alto, rotondas y quién tenía la preferencia de paso. Para cuando recolectó todas las declaraciones y mediciones, y regresó a su escritorio, se le había ido medio día. Los otros miembros de la unidad salieron a almorzar, por lo que se encontraba solo en el pequeño laberinto de escritorios.

Encendió su computadora. Inició sesión.

Tenía la intención de subir sus fotografías y empezar a hacer los diagramas: la parte preliminar del reporte que se enviaría a las compañías de seguros.

Sin embargo, la bienvenida se la dio una fotografía del tamaño de la pantalla.

Estuvo a punto de caerse de la silla.

Un cadáver.

A todo color.

Sujetó con fuerza los bordes de su escritorio y se inclinó hacia el frente.

Una mujer joven. Más o menos de su edad.

Vio que le habían cortado la garganta.

Tenía los ojos abiertos. Mirando hacia el cielo. En blanco. Fríos. Una violenta muerte había remplazado el miedo en su rostro.

Joven.

Cabello oscuro. Ojos negros. Profundas manchas de sangre café rodeaban su cabeza hundida en la tierra arenosa.

Desnuda.

Le habían arrancado del cuerpo la ropa en tiras que luego dejaron en un montón junto a su torso.

Parecía estar en un campo terregoso. No podía ubicar el lugar. No se parecía a ningún sitio conocido.

En la parte inferior de la fotografía había algo escrito.

Se quedó mirando.

Árabe. Cirílico. Sánscrito. Y varios caracteres japoneses o chinos. Todos unidos formando una combinación de palabras indescifrables. Nada de francés. Ni siquiera algo de alemán o español que hubiera podido traducir con lo que recordaba de sus días en la escuela y de las clases de idiomas.

El joven oficial de tránsito observó la fotografía con detenimiento.

«Debe ser falsa –pensó–. Alguien me está jugando una broma, pero no es primero de abril».

Parecía real.

Su primer reflejo fue tirarla al cesto de la basura. Eliminarla de su computadora. Retomar su trabajo.

No lo hizo. Con los ojos aún fijos en la imagen, abrió una ventana nueva en la pantalla e inició un programa de traducción. Modificó el teclado para pasarlo al árabe y tecléo los símbolos con dificultad. El resultado fue:

¿No desearías...

Pasó a cirílico; fue difícil en ese teclado, no estaba seguro de haber hecho el cambio de la manera correcta. La traducción apareció:

saber quién...

De inmediato cambió a sánscrito.

mató a la chica...

Le tomó algunos minutos descifrar que las palabras finales estaban en caracteres de chino mandarín. La traducción era:

y dónde murió?

El joven oficial tenía la boca seca. Sintió que su respiración se volvía más superficial. Nunca había sentido miedo en su trabajo y, en realidad, no creía estar espantado sino genuinamente perturbado.

Volvió a observar la fotografía. Era hábil en la informática, no un experto, pero sabía lo suficiente para no tardar en encontrar la dirección IP donde se había originado la imagen. Cuando vio que se había generado a través de la sección de *comentarios* de una influyente agencia italiana de relaciones públicas dedicada a varias causas e individuos, que incluían desde políticos africanos destituidos hasta obstinadas empresas petroleras que trataban de evitar su responsabilidad financiera por derrames marítimos; por segunda vez pensó que estaba siendo objeto de una elaborada broma.

No le parecía lógico.

Volvió a ver la imagen.

Estaba a punto de moverla a la papelera de la computadora. Movi6 el cursor sobre ella, pero se detuvo. Baj6 las manos poco a poco. «No seas estúpido. Alguien necesita enterarse de esto», pens6. Así que, en lugar de tirarla, levant6 el auricular del teléfono sobre su escritorio y llam6 a un detective de Crímenes Graves por la línea interna de las oficinas. Era un detective al que solamente había visto una o dos veces, pero esperaba que lo recordara.

—Sargento —le dijo al hombre que contest6 su llamada, tratando de ocultar las dudas y el nerviosismo que contenían en su voz—, tengo algo que creo que usted debería ver.

1

Ese mismo lunes. Unas horas más tarde en una sala privada de chat electrónico...

Delta escribió:

Misión cumplida, como lo prometí. Y aquí hay un encabezado para nosotros: «Flics franceses fabulosamente fastidiados por fantástica fotografía».

Bravo y Easy teclearon de inmediato emojis de pulgares arriba. Sabían que *flics* era el término coloquial en Francia para referirse a los policías.

Delta continuó:

Tengo una pregunta para todos.

¿Alguien ha experimentado con las técnicas más recientes de impresión de huellas, en especial, con el levantamiento de muestras útiles de la piel muerta? ¿La Gestapo en verdad puede hacer eso?

Charlie respondió unos segundos después:

Posible, pero no probable. Todavía es muy ambiguo para los expertos en tecnología. Incluso para los del FBI, Interpol y Scotland Yard. A veces lo intentan, cuando se constata que a la víctima la sujetaron en un punto fácil de identificar. Ha habido muy pocos positivos a lo largo de los años... pero todavía perseveran de vez en cuando. Revisen el arresto y acusación de Juan Carlos Ramírez en Madrid hace seis años. El idiota mató a su esposa, de quien estaba distanciado, y afirmó que el culpable había sido el amante, lo cual no explicaba por qué la huella de su dedo índice estaba en la garganta de ella. Es decir, ¿no era una maldita obvedad?

Los otros sabían que Charlie conocía la historia de los temas que les interesaban.

Bravo interrumpió poco después:

Buenas noches, Delta y los demás. Charlie está en lo correcto, sin lugar a dudas. Otro ejemplo de gente que piensa que la magia que hacen en programas de televisión como CSI es producto de la vida real y no de la imaginación de algún escritorzuelo tratando de hacer parecer a los miembros de la Gestapo como los expertos que no son. Sin embargo, si se usan guantes apropiados, se pueden eliminar hasta las posibilidades más remotas. Una advertencia: a veces, incluso los guantes quirúrgicos de la mejor calidad dejan huellas parciales porque son demasiado finos y los aceites corporales o el sudor pueden penetrar el látex. Lo recomendable es usar dos pares. O usar un segundo par de guantes de cuero sobre los de látex. Desháganse de ellos de la manera correcta después de usarlos. Lean el artículo publicado en *Journal of Forensic Research*, volumen 23, edición 8, de marzo del año pasado.

Bravo era el mejor de todos para leer y explicar reportes científicos. Los otros notaron que inició su comentario con «Buenas noches», pero estaban conscientes de que podría no ser de *noche* donde él se encontraba.

Easy dijo de inmediato:

No hay problema. Solo. No. Suden.

Era el más bromista del club. Delta respondió al instante:

LOL. Cierto. Gracias a todos. Súper. Me perdí ese artículo. Por supuesto, me pierdo casi todos. Es mi culpa. ¿Qué haríamos sin Bravo y su voracidad como lector? En fin, como se mencionó, es un consejo genial.

Tal vez Delta era más joven que el resto, pero en lo personal varios tenían sus dudas. Y quizá había mentido cuando escribió: «Me perdí ese artículo», ya que con frecuencia sonaba más bien como un tipo estudioso. Le gustaba

usar un lenguaje hasta cierto punto a la moda, sobre todo un habla coloquial estereotipada. Más de un miembro del club pensaba que había adoptado esta forma de hablar de Internet o de estudiar diálogos de novelas juveniles. Nadie nunca lo mencionó, pero uno o dos especulaban que podría ser maestro de preparatoria. En cualquier caso, reconocían que empleaba un lenguaje adolescente de forma aleatoria para ocultar su verdadera edad y por eso daban por hecho que su tono, y todas sus construcciones y matices, eran falsos. Nunca lo increparon por ello.

No había ninguna razón importante para hacerlo. Cada uno, a su estilo, tomaba medidas similares para ocultar quién era en realidad. Sabían que los otros habían hecho lo mismo, así que la situación estaba equilibrada. Además, disfrutaban de las cosas que hacía Delta cuando no estaba escribiendo *omg* o *wtf*. Había establecido un elevado nivel de logros en el campo de interés común y a todos les deleitaba la idea de ponerse a su altura.

Easy escribió:

Me gusta esa palabra: voracidad. Nos va bien, ¿no creen?

Delta envió el emoji de las manos aplaudiendo. Entonces empezaron a despedirse:

Hasta pronto, muchachos. Debo irme. Necesito preparar el siguiente proyecto. Tal vez deba partir dentro de poco.

Bravo le advirtió:

Delta, recuerda que lo que a menudo hace tropezar a tipos como nosotros no es el planeamiento y la ejecución, sino la limpieza posterior.

Easy añadió:

Cierto.

Alpha, encargado de moderar el chat, habló por todos al escribir:

Ansioso de ver los resultados.

Era una tautología. No era necesario aclararlo. Como tampoco era necesario aclarar que cada uno estaba involucrado en su *proyecto* personal e igual de impaciente por presumirlo a los demás.

Delta respondió:

Pronto. Pronto, muchachos. Ustedes siempre me dicen que no debo precipitarme. Estoy tratando de hacer las cosas con calma.

Todos sabían que era cierto. No lo expresaban de forma abierta, pero opinaban que Delta solía abordar los proyectos con prisa y que era un poco impulsivo al tratar de satisfacer sus deseos.

Alpha continuó:

Bien. Excelente. Reunámonos todos en línea en dos días. Misma hora. Y, Delta, tal vez puedas compartir algunos detalles entonces.

Hubo una ráfaga de okeys.

Pero de pronto, antes de que pudieran salir y cerrar la sesión del chat electrónico, vieron un nuevo e inesperado mensaje en sus pantallas:

Socgoal02 se ha unido a la conversación.

Este nombre de usuario les era desconocido a todos. Hasta ese momento nadie había invadido su privacidad. Demasiadas capas de codificación. Sus conversaciones habían sido inmaculadas desde que crearon la sala de chat. Los detalles se compartían y se ocultaban. Esta nueva presencia los perturbó a todos. Repentinos brotes de